

Crónica 11: Tamil Nadu, la tierra del sur (Traducción del original en catalán)

Andamos por el acantilado con las mochilas a la espalda, sudados y acalorados, el sol quema la poca piel que nos queda al descubierto, casi no decimos ni palabra, lo miramos todo con la desazón absurda del que quiere hacerse suya la inmensidad, como si esta impregnación forzada a toda prisa fuera garantía de un recuerdo eterno. Pero cuando el tren arranca y el paisaje vuelve a correr a través de los barrotes, Varkala se funde en un estallido de imágenes y sensaciones que vagan solas y desordenadas cayendo paranoicamente en el saco de las vivencias gastadas. Hemos abrazado a Adán y a Assaf, dos trotamundos de Israel que hacen una peregrinación de playa en playa a la caza de – buenas mamacitas y buenas olas – Los conocimos en Palolem y ahora nos los encontramos en el acantilado, son de aquellas amistades tan fáciles y alegres que no te das cuenta hasta que se marchan para siempre. Van hacia las Vegas a ganar algún dólar americano tras las barras de los bares, y se lo gastarán viviendo la vida por el planeta. Hace un par de años que viajan, sólo tienen veintitrés, nos han deseado suerte y diversión mordisqueando su español aprendido por las calles de Colombia. No hemos podido sortear a los chicos que venden agua, chocolatinas, jabón y papel higiénico, nos han salido al paso para darnos un apretón de manos y desearnos un buen viaje. Son una banda muy curiosa, cinco amigos que hacen vida con el negocio de uno, como si jugasen a hacer de tenderos, le ayudan a vender y se ríen entre ellos cuando los viajeros se dan cuenta de que les han abultado los precios, se quedan adormecidos tras el mostrador o se tumban los cinco en hilera siguiendo la sombra de la barraca, hacen partidas de carrom y estos días van atolondrados montando y desmontando un televisor tras la cabaña, para poder ver las semifinales de críquet, parece que una consigna divina los mantiene alegremente unidos sin dejar que se alejen demasiado del tenderete.

El rickshaw que nos ha llevado a la estación se ha desahogado a gusto al saber que faltaban diez minutos para la salida del tren, iba por en medio del camino, dando pitidos sin parar, como si las prisas le otorgasen inmunidad absoluta.

Casi cuatro horas acompañados de palmeras, campos de arroz, plantaciones de plátanos, barracones y balsas de aguas de un amarillo verdoso, llenas de cuerpos mojados y enfangados que se bañan con las vacas y los bueyes, chicas que se sobresaltan al ser descubiertas dentro de la charca por el ruido del tren y niñas que guardan cabras. Un estallido de naturaleza impresionante, un verdor que te deslumbra y las montañas de los Gathes Occidentales que se levantan escarpadas con roca naranja desapareciendo de golpe antes de llegar al mar.

Entramos a Tamil Nadu, la tierra del sur, sembrada de templos de colores que guardan recelosos a los dioses protagonistas de las historias sagradas del hinduismo dravídico.

Estamos en Kanniyakumari, la punta más austral de la India, donde se mezclan las aguas del mar Arábico, del océano Índico y del golfo de Bengala. El sol ha descendido y andamos airoso hacia el mar para alcanzar la puesta, recorremos las calles del bazar y giramos por detrás de un templo, nos detiene un espectáculo inmensamente solemne, centenares de personas permanecen inmóviles bajo un silencio estremecedor mientras acompañan mudos a la bola de fuego que desaparece bajo las aguas. Se nos ha puesto la carne de gallina, lo han abandonado todo para contemplar el sol como si fuera la última vez, nos juntamos con ellos conmovidos por la escena apocalíptica hasta que la esfera queda totalmente engullida y los aplausos estallan al unísono. Desde el mismo lugar, con sólo girar la cabeza siguiendo el horizonte, vemos como aparece la luna. Es un punto mágico para los que leen los astros y sagrado para los devotos. A 500 metros de la costa, sobre unas rocas conocidas con el nombre de *tirthas* Pitru y Matru, se levanta una talla de piedra de dimensiones desconcertantes; dicen que un pensador hindú llamado Vivekananda se lanzó en medio de la confluencia de los tres mares y nadó hasta las islas de roca para meditar la muerte de su gurú, impregnando toda la tierra que sobresale de propiedades espirituales.

La playa de los pescadores está repleta de pequeñas barcas pintadas de colores chillones, chicos que se adormilan mientras remiendan las redes y otros que se esconden del sol para hacer una partida de cartas. Cerca de las rocas vemos un montón de cabecillas, son los niños que pescan erizos, hace rato que nadan en esta agua encrespada, y se sumergen a pleno pulmón, suben con las manos cargadas de crustáceos y los lanzan hacia las rocas para que su abuelo los clasifique según tamaño. Las calles están llenas de vendedores ambulantes, niñas de diez años cubiertas con collares, brazaletes, y pinzas de la cabeza, sonrientes y coquetas más para jugar que para vender. El chico del té, se pasea arrastrando la bicicleta y el bidón corriendo tras los escasos viajeros foráneos que pisan estas tierras para interrogarles sobre su procedencia, su cabeza es un gran mapamundi, es capaz de recitar de carrerilla todas las capitales europeas, dice que no lo ha aprendido en la escuela, que su tío vende mapas plastificados y cuando se aburren, juegan a memorizarlos.

Sobre la arena, hay un hombre que cuece frutos secos, tiene tres utensilios llenos de cacahuets y los remueve con ceniza caliente, hace capirotes y los amontona cerca de él, sin demasiado sentido, los deja volar con las ráfagas del viento y continúa enrollando papel de periódico sin perseguir a los que se escapan. Quedamos absortos mirando la bicicleta del heladero, lleva todos los cucuruchos de colores dentro de una vitrina sobre el manillar y la pasta del helado protegida dentro de un bidón de hierro lleno de hielo.

Una mujer nos explica gesticulando con las manos que tiene dos hijos de nuestra estatura, que éstos tienen más hijos y que ella es ya abuela, le parece inverosímil cuando le escribimos nuestra edad en la arena y que aún no tenemos descendencia. Muchas mujeres cargan conchas pintadas o atadas con cordeles haciendo una cortina que tintinea con el viento, llevan un pañuelo lleno de rupias y hacen cuentas utilizando todos los dobletes de los dedos y de las manos. Hay un grupo de tenderetes que venden cacharros de plástico, al anochecer conectan los carteles luminosos y raptan a los viandantes a gritos para que se lleven cualquier producto a diez rupias. Las callejuelas que rodean al templo, son las más animadas, decenas de tiendas se disputan la clientela gritando, imágenes de dioses, ropas de sari, peines, plantas de plástico, juguetes de feria y recuerdos de todo tipo a precios de miseria. Tropezamos con fotografías instantáneas, astrólogos que leen la buena ventura y hombres agachados al lado de unas balanzas que estorban a la riada de devotos esperando a que alguien se decida a saber su peso. La entrada del templo esta presidida por decenas de *sadhus* cubiertos con cabellos grises y largas barbas retorcidas, sentados pacientes día y noche, tapándose con un *dhotis* naranja atado a la cintura y esperando a que el altruismo de los creyentes les llegue para un puñado de arroz para rehacer sus fuerzas y continuar la peregrinación por todos los lugares sagrados del país.

Tras los santones hindúes piden limosna las personas enfermas, muestran la piel en carne viva, heridas infectadas y malformaciones extravagantes que impresionan, un hombre se arrastra sobre una tabla de madera con cuatro ruedas, la piel de las piernas está pegada al hueso, no tiene pies y lleva los zapatos en las manos para ayudarse a desplazar, una chica está sentada al lado de su pierna, que se le ha hecho tan grande que abulta más que ella. Por la noche algunos familiares cargan con sus mutilados a la espalda, a muchos de ellos, nadie los viene a buscar y pasan la noche a la intemperie delante del templo de Kumari Amman, dedicado a la diosa virgen Kanya Devi “La guardiana de la orilla del mar”. Cuenta la leyenda que el dios Shiva quería casarse a medianoche con la diosa del mar, pero los sabios celestiales creyeron conveniente que la diosa continuara virgen para mantener su nivel de poderes divinos, engañaron a Shiva convirtiéndose en gallos que anunciaban al alba con sus cantos, el dios, pensó que hacía tarde a la cita matrimonial y retrocedió. Las familias de los devotos bajan por los *gaths* o escalones de piedra que se adentran en el mar y se bañan en las aguas sagradas que purifican y traen buenos augurios. Se sumergen con toda la vestimenta, mojando las telas y velos de colores, salen del agua y se quedan quietos bajo el sol para secar las ropas

empapadas, tienden las sábanas al viento levantando los brazos, no acabamos de comprender si es un ritual o es el oficio de algunos locales que hacen de tendereros para ganar cuatro rupias.

El templo se encuentra dentro de un cubo gigante de cemento pintado con rayas blancas y rojas en sentido vertical, dejamos las zapatillas a un hombre que las guarda en las rendijas de la roca por 25 paisas, un cuarto de rupia, nos adentramos por un túnel con tenderetes de recuerdos de los dioses, aceites, golosinas flores, mantecas y candiles, son las ofrendas que los hindúes compran para ungir a sus divinidades. Agachamos la cabeza y avanzamos por un pasadizo de roca, nos recuerda las películas de Indiana Jones, un sacerdote vestido con un *dhoti* blanco atado entre las piernas y un cordel que le cruza el pecho descubierto, nos hace un gesto para que entremos sin miedo, siempre hemos contemplado los templos desde el exterior, no osábamos estorbar ya que pensábamos que era una falta de respeto inmiscuirse en estos rituales sin ser creyente, pero el sacerdote nos ha dicho que este templo está abierto a todo el mundo y que los dioses estarán muy agradecidos si les hacemos un donativo. Accedemos para satisfacer nuestra curiosidad y sus ansias de guiarnos y embolsarse unas cuantas rupias. Las paredes del templo, son de piedra húmeda, está lleno de figuras gigantes esculpidas en la roca, animales mitológicos, leones i toros. El techo es bajo y los pasillos son una hilera de columnas con curvas de diosas de pechos prominentes y dioses con cabeza de mono, tienen los brazos cruzados por delante de la barriga, haciendo cuchara con las manos, los devotos las llenan de aceite y encienden la mecha impregnada. Siguiendo las luces de estas lámparillas, giramos alrededor del santuario principal en sentido de las agujas del reloj, todo el recinto sagrado está rodeado por un canal que se llena de leche y manteca tres o cuatro veces al día, cuando bañan a la diosa con las ofrendas, estos conductos desembocan en el mar y los dioses reciben los donativos desde las aguas saladas.

Entramos en el recinto sagrado siguiendo al sacerdote, pasamos por delante de una balanza gigante y nos parece entender que las madres colocan a sus hijos recién nacidos y nivelan el peso del bebé con pastas dulces que regalan a la diosa agradeciendo la salud de la criatura. El núcleo sagrado está cubierto por la bruma del humo de las lámparas y del incienso, contemplamos acalorados como los devotos se inclinan delante de la diosa del mar, acercan las manos al fuego de las lámparas como queriendo coger un puñado de humo que después se sueltan en la cara, caminan alrededor de la divinidad y entregan las ofrendas al sacerdote, éste termina el ritual imprimiendo una huella de *tillak*, un polvo rojizo, en la frente de los postrados. En cada entrada tienes que eludir unas cajas de seguridad con una obertura de hucha gigante, donde se acumulan los donativos. Dejamos el recinto divino siguiendo un nuevo pasadizo de columnas, el sacerdote ha marchado espantado cuando ha visto que entraban nuevos adeptos desorientados, nos ha recomendado que para terminar el ritual, diésemos una vuelta por el patio y otra alrededor del templo. Nos sentamos un rato sobre la piedra abstraídos por el movimiento repetitivo de un sacerdote que murmura un canto sagrado envuelto en una sábana blanca, balanceando su cuerpo hacia adelante y atrás. Pasa una brisa muy buena, los olores de templo húmedo, la mecha de las lámparas de aceite y la sensación de estar tocando unas piedras milenarias, nos engulle el pensamiento.

Salimos al patio soleado para cumplir con las vueltas de rigor, pero erramos el sentido de la caminata hasta que un hombre sonriente nos alerta de nuestro descuido, lo acompañamos corrigiendo el error y nos conduce por delante de las habitaciones de los sacerdotes, los utensilios de cocina se secan cabeza abajo sobre la piedra caliente del suelo. Bajo una imagen del dios Ganesh, un sacerdote nos unge la frente y nos da de beber una cucharada de agua con azúcar, hace el ritual con prisas, alargando la mano para el donativo.

Aún no son las seis de la mañana y alguien está golpeando la puerta de la habitación con todas sus fuerzas, - sunrise time, sunrise time- nos gritan atolondrados, corriendo arriba y abajo, griterío por todo el pasillo y el sonido de una banda de trompetas y tambores nos ensordece

desvelándonos con rabia, es imposible volver a conciliar el sueño. Cada día se acompaña la salida del sol con una gran fiesta y se despierta a todo el pueblo con un pasacalle de músicos, pero si paseas a las doce del mediodía, no corre ni un alma, todo el mundo duerme encogido bajo la sombra de las casas o dentro del negocio. No nos atrevemos a despertar a cinco trabajadores de un restaurante que se han repartido las mesas para echar una cabezadita, roncaban con la puerta abierta de par en par aguardando a los clientes plácidamente adormecidos. Los chicos de un comedor popular nos alargan el brazo insistentemente para que probemos su *masala dosa*, nos sentamos en los bancos de afuera en la calle, delante de los bidones de hierro que cuecen las masas de pan y las grandes ollas que hierven algún zafarrancho, se desviven en atenciones y nos utilizan de reclamo mostrando a los demás viandantes que nosotros comemos en su restaurante. Sobre una hoja de plátano, nos sirven una pasta delgada de arroz cocida y crujiente, dentro se esconden unas patatas troceadas con hierbas y un jugo picante, un hombre cargado con tres potes de aluminio nos va llenando la hoja con cucharadas de jugos de diferentes colores y gustos, para matar el escozor de la garganta, pedimos un plato de arroz blanco, pero no nos ha dado tiempo de impedir que nos echaran una cucharada de salsa de *chili* por encima. Hacemos cuchara untándonos los dedos, pero perdemos los granos de arroz, no lo debemos hacer muy bien ya que hemos creado tal expectación que nos han traído una cuchara.

Cinco horitas en tren y llegamos a Madurai, un viaje muy animado charlando con Devendra Jain, un señor de Mumbai que nos ha hecho una lección intensiva de religión jainista, se definen como un colectivo muy pacífico que respetan el alma de todos los seres vivos y los elementos de la tierra, no matan nunca a ningún animal ni planta, no comen nada que se cultive bajo tierra, sólo los vegetales que se pueden coger sin estropear la planta, creen que cada individuo puede llegar al *moksha*, la liberación del alma, sin haber de reencarnarse. La mayoría de jainís, son comerciantes, él tiene un pequeño taller donde fabrican paraguas, se queja de que el negocio ha disminuido en época de lluvias, dice que los monzones ya no son lo que eran y que la gente compra más paraguas para protegerse del sol que de la lluvia, hemos satisfecho la curiosidad que nos perseguía desde días sobre los paraguas de color negro, nos ha contestado con gran seriedad que en el sur cuesta mucho incorporar nuevas tendencias. Cruzamos el río Vaigai maravillados por su anchura y el color que cogen sus aguas al anochecer, centenares de personas aprovechan los últimos rayos para bañarse, lavar la ropa, los utensilios de cocina, los hijos y los animales, una fiesta de colores y sonrisas que desaparecen con el chirriar de las vías.

El nuevo compañero nos ha recomendado un alojamiento cerca de la estación, realmente económico y que sigue los cánones de austeridad de los dormitorios de las grandes ciudades, las camas son tablas de madera recubiertas con un colchón de dos centímetros de grosor, el lavabo está equipado con un agujero en el suelo y un cacharro lleno de agua. Un ventilador de aspas gigantes se tambalea desde el techo con gran estridencia y un fluorescente anima la velada parpadeando, las paredes están llenas de salivazos naranjas, y de la puerta cuelga un papel con las normas que prohíben tizar las paredes y escupir por la ventana. Las habitaciones se alquilan por veinticuatro horas, ello nos va bien cuando hacemos paradas rápidas ya que acostumbramos a llegar de noche y tenemos toda la mañana para perdernos entre el bullicio sin cargar con los paquetes.

Es un suplicio ser viandante por las calles de Madurai, centenares de bicicletas se amontonan cerrando el paso en las esquinas, las vacas yacen a pie de calle, coches, motos y rickshaws nos esquivan peligrosamente, hay otro medio de transporte dentro de la ciudad que aún no conocíamos, son unos carruajes tirados por bicicletas, los llaman ciclorickshaws, los hombres que pedalean, van descalzos y son tan delgados que se hace difícil comprender de dónde sacan la fuerza para arrastrar este artilugio. Los pequeños comercios exponen sus productos hasta mitad de calle, obstaculizando a los viandantes que intentamos arrinconarnos al

máximo, vamos con cuidado de no pisar los puestos de frutas y vendedores de *chai* que aparecen entre la multitud. Mucha gente pasa la noche en la calle, una chica duerme entre cestos de limones dulces y dos abuelas se encogen cerca de un montón de desechos. Nos persiguen con ofertas de todo tipo, un hombre se obstina en demostrarnos que es capaz de hacer una blusa como la que llevamos en menos de una hora, otro nos quiere guiar dentro del templo y su amigo se ofrece a hacernos pagar por subir a la azotea de su casa y ver la vista de la ciudad, desde las tiendas nos gritan interrogándonos sobre nuestra nacionalidad. Es agotador responder a todo el mundo y nos sabe mal tener que ser contundentes con las respuestas y no perder la paciencia mientras te desprendes de tantas atenciones interesadas. Llegamos al templo de Meenakshi-Sundareshwarar, la diosa con ojos de pez, dice la leyenda que nació de las llamas del fuego en forma de niña de tres años, era de una belleza increíble ya que tenía unos ojos gigantes y almendrados perfilando la silueta de los peces, pero tenía tres pechos, una voz misteriosa le confesó que el tercer pecho le desaparecería cuando conociera a su marido, y la profecía se cumplió cuando en medio de una batalla para conquistar tierras para su reino, coincidió con Shiva, se casaron y desaparecieron dentro del templo de Madurai. Desde entonces sus imágenes son cuidadas respetando esta unión, cada noche las trasladan a la cámara dormitorio y les cantan canciones de cuna, los sacerdotes quitan la anilla que decora la nariz de la diosa para que no hiera a su esposo durante la pasión nocturna, en el mes de Enero se celebra la *teppa*, el festival de agua que conmemora el enlace entre las dos deidades, embarcan las imágenes y las hacen girar rodeando el templo que emerge del lago, popularmente está extendida la creencia de que trae buena suerte contraer matrimonio en esta época. Hemos andados un buen rato antes de conseguir situarnos en la entrada del templo, rodeado por un muro gigante pintado en blanco y rojo y coronado con doce torres escalonadas en forma de pirámide, que a primera vista tendrán más de cuarenta metros de altura, las llaman *gopuras* y están repletas de imágenes de dioses y demonios pintados en colores llamativos.

El patio interior que protege el recinto sagrado, está repleto de vendedores de flores, collares y bolsos. Sentados en la sombra hay un grupo de brahmanes que escuchan con afición la lectura de los *Vedas*, las enseñanzas sagradas, más arriba los *sadhus*, llamados respetuosamente *babas*, piden limosna alineados en el suelo delante de la triste suerte de un pobre elefante al que hacen recoger los donativos con la trompa, está adiestrado para tocar la cabeza a los que han pagado y entregar las rupias a su cuidador. Apoyados sobre unas frías piedras, contemplamos este animal fascinante de piel rugosa y ojos pequeños, lleva la frente pintada, y un collar de campanas, de vez en cuando, levanta una pata como para dejarla descansar, rompe con la lengua la caña de bambú y engulle los ramilletes de plátanos que le ofrecen los creyentes, parece que le caen las lágrimas y que nos mira con ojos de pena, es quizás nuestra manera de verlo, privado de libertad y expuesto como un animal de feria, es la bondad resignada a complacer lo que rompe el alma.

El templo es un mosaico de tiendas que se estorban las unas a las otras, todas venden esculturas doradas de dioses, imágenes de elefantes, postales e incienso. Pagando dos rupias, puedes pasear por la sala de las columnas, dicen que no hay ninguna igual y están colocadas de forma tan desordenada, que desconciertan, un guardia nos cuenta afamado que nunca nadie las ha podido contar porque los dioses hacen de las suyas y te distraen el pensamiento haciéndote descontar. Unas escaleras de colores bajan hasta las aguas del lago del loto de oro, donde se bañaba la diosa antes de adorar a *shivalingam*, muchos devotos sumergen los pies para entrar purificados ha hacer las ofrendas. Caminamos por el último pasadizo que rodea la cámara sagrada leyendo los carteles gigantes que impiden el paso a los no hindúes, hay centenares de imágenes bañadas en aceites y empapadas en polvo de colores. Contemplamos cautivados los rituales de ofrenda, la puja que cada devoto entrega para visualizar a los dioses y recibir la bendición.

Una chica se sienta delante de una diosa esculpida en una columna, de la que sobresalen los pechos, la barriga y las piernas abiertas, está completamente impregnada de sustancias que gotean por la piedra, saca aceite de su pote de aluminio y la friega con efusión, entonces la unge con polvo rojo y unas cuantas flores en la frente y en la espalda, prepara el candil como si jugara a cocinar, desmenuzando y mezclando especies, aceites, polvo, con sumo cuidado acerca una llama desde su corazón a la cara de la deidad, se arrodilla inclinando todo el cuerpo hacia el suelo con las manos unidas y la cabeza agachada y se despide de la imagen cogiendo un poco de polvo rojo para marcarse una huella entre las cejas.

Unos hombres lanzan hierbas sobre la figura de Ganesh, y un grupo de mujeres dan tres vueltas alrededor de la columna de una deidad recitando oraciones, acercan las manos al fuego y luego a la cara. Nos sorprende una multitud que arroja bolas de manteca sobre la imagen del dios Shiva bailando con Kali, las lanzan a distancia haciendo puntería, algunas quedan pegadas y otras caen por detrás, todo se llena de bolas de manteca hechas del mismo tamaño por un señor, que cobra dos rupias por bola y las mantiene en remojo flotando dentro de un cuenco lleno de agua, nos comenta que las bolas de manteca refrescan al dios que no para de bailar. Una música de altavoces ensordecedora se escapa por todos los pasillos del templo, todo es una mezcla de devoción, de mercadeo de productos, de amor sincero hacia los dioses, de una fe de masas encefalítica que exprime las rupias de sus devotos que compran protección sin sentirse embaucados. Para nosotros, es un reducto de paz lleno de curiosidades, fresco y oloroso.

Olga&Fraz

El reportaje: Los templos de Tamil Nadu

Devoción, espiritualidad, rigor, consumismo... todas estas palabras se dan cita en los templos de Tamil Nadu. No es que seamos grandes conocedores de la cultura y religión hindú, pero lo que hemos podido comprobar hasta el momento, no dista demasiado de nuestros referentes occidentales, la diferencia se encuentra en la forma. La vela es sustituida por ofrendas comestibles, el respeto a la integridad táctil de las imágenes, por un curioso afán en unirlo todo con manteca y otras sustancias oleaginosas, la bendición de un sacerdote por la de la trompa de un elefante, la adoración al niño Jesús por la de un *shivalingam*, y los austeros campanarios de las iglesias por inmensas *gopures* engalanadas con centenares de figuras de vivos colores. El que nos atrae a los occidentales, no deja de ser este exotismo que nace precisamente de estas diferencias culturales.

Tamil Nadu es la región donde se agrupa el mayor número de templos, son considerablemente diferentes a los del resto del país. En ningún otro lugar de la India se pueden encontrar estas demostraciones de afecto tan elocuentes hacia los dioses. Se trata de construcciones tan inmensas, laberínticas y elaboradas que parece como si los dioses hubieran colaborado en su construcción. El templo de Madurai por ejemplo, consta de 12 *gopures* de hasta 46 metros de altura, unas 33.000 esculturas y una cifra de hasta 20.000 visitantes por día. El de Srirangam es uno de los más grandes del país, con sus 60 hectáreas, da cabida en su interior a todo un pueblo entero. Decenas de sacerdotes *brahmanes* guarnecidos con sus *dhotis*, velan por el buen funcionamiento del templo al mismo tiempo que cumplen con sus rituales sagrados. La mayoría de los templos Tamiles, están erigidos en honor a las dos grandes deidades: Shiva y Vishnu, y a sus respectivas esposas.

Si algo caracteriza este país, es el contraste y los extremismos, y desde nuestro punto de vista, los templos no dejan de ser unos reductos que sintetizan muy bien esta esencia. La miseria más calamitosa haciéndose lugar entre la soberanía de las castas altas de la sociedad hindú, la

espiritualidad más sincera dándose la mano con el consumismo más desmesurado y la paz que brota de las oraciones de un *shadu*, con el alboroto frenético de centenares de peregrinos atareados. De todas formas, ya sea por el que viene por amor a la arquitectura, por el descubridor de nuevas culturas, o por el que va en busca de la mística, adentrarse en un templo de Tamil Nadu es realmente una experiencia que vale la pena vivirla siempre y cuando estés dispuesto a salir con algunas rupias de menos en el bolsillo... .

Consejos y curiosidades

Hoy trataremos de un tema que nos afecta de lleno ya que es el medio por el que Volabola se hace posible: Internet en la India.

Realmente podemos decir que Internet llega a todo el mundo ya que de momento hemos encontrado conexión en todos los pueblos y ciudades que hemos visitado, aunque a veces la velocidad de conexión y en definitiva la calidad-precio de las mismas deja mucho que desear. Los precios varían de 10 rupias por hora a 60, que de momento es el más caro que hemos pagado, más una buena dosis de paciencia que se necesita para hacer llegar las crónicas... .

Olga&Fraz